



*Qué
se sabe
de...*



Los manuscritos del Nuevo Testamento

Juan Chapa

evd

*Qué
se sabe
de...*

Los manuscritos del Nuevo Testamento

Qué se sabe de...

Colección dirigida y coordinada por:

CARLOS J. GIL ARBIOL

*Qué
se sabe
de...*

Los manuscritos del Nuevo Testamento

Juan Chapa

evd

Editorial Verbo Divino
Avenida de Pamplona, 41
31200 Estella (Navarra), España
Teléfono: 948 55 65 11
Fax: 948 55 45 06
www.verbodivino.es
evd@verbodivino.es

Diseño de colección y cubierta: Francesc Sala
Imagen de cubierta: Fragmento de papiro griego del evangelio de Juan 1,50-51

© Juan Chapa, 2022
© Editorial Verbo Divino, 2022

Fotocomposición: NovaText, Mutilva Baja (Navarra)

Impresión: GraphyCems, Villatuerta (Navarra)
Impreso en España – *Printed in Spain*
Depósito legal: NA 166-2022
ISBN: 978-84-9073-148-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917 021 970 / 932 720 447).

Índice

Introducción	7
1. Manuscritos como piedra de tropiezo	8
2. Comunidades textuales	13
Bibliografía	19
Primera parte: ¿Cómo hemos llegado hasta aquí?	21
Capítulo 1. El libro antiguo y su difusión	23
1. Material sobre el que escribir en la antigüedad	23
1.1. Tablilla	24
1.2. Papiro	24
1.3. Pergamino	26
1.4. Instrumental de escritura	28
2. El libro en la antigüedad grecorromana	29
3. El copista de libros	33
4. Lectura del libro	36
5. Producción de libros	38
6. Difusión y costes de los libros	40
7. Los primeros libros cristianos	46
7.1. La comunicación escrita	46
a) Cartas	48

b) Evangelios	51
c) El Apocalipsis	53
7.2. Difusión de la literatura cristiana	54
7.3. Formato del libro cristiano	56
Bibliografía	60
Segunda parte: ¿Cuáles son los aspectos centrales del tema?	63
Capítulo 2. Bendita basura o la brizna en el papiro ajeno	65
1. La ciudad del Pez Nariz-afilada	67
2. Esos frágiles testimonios	72
2.1. Categorías de manuscritos del NT y sus números	76
2.2. Los tipos textuales	80
3. Los más importantes papiros del NT	88
3.1. Papiros Chester Beatty	88
a) Papiro Chester Beatty I (P ⁴⁵)	92
b) Papiro Chester Beatty II (P ⁴⁶)	94
c) Papiro Chester Beatty III (P ⁴⁷)	97
3.2. Papiros Bodmer	98
a) Papiro Bodmer II (P ⁶⁶)	103
b) Papiro Bodmer XIV-XV (P ⁷⁵)	105
c) Papiro Bodmer VII-VIII (P ⁷²)	106
4. Otros papiros importantes del NT	108
4.1. Papiro Rylands III 457 (P ⁵²)	108
4.2. Papiro Oxirrinco L 3523 (P ⁹⁰)	109
4.3. Papiro Oxirrinco LXIV 4404 (P ¹⁰⁴)	110
4.4. Papiro Suppl. Gr. 1120, Bibliotheque Nationale de París (P ⁴) + Papiro Gr. 17, Magdalen College, Oxford (P ⁶⁴) + Papiro Barcelona, Inv. no. 1 (P ⁶⁷)	110
4.5. Papiro Oxirrinco LXVI 4499 (P ¹¹⁵)	112
4.6. Papiro Bodmer XVII (P ⁷⁴)	114
4.7. Papiro Oxirrinco LXXIV 4968 (P ¹²⁷)	114
Bibliografía	115

Capítulo 3. Tesoros de biblioteca	117
1. Divisiones y organizaciones del texto	117
1.1. Las Secciones de Amonio y los Cánones de Eusebio ...	118
1.2. Títulos de los libros	121
1.3. Divisiones en capítulos	122
1.4. Títulos de secciones	124
1.5. Esticometría	126
1.6. Colometría	127
2. Los «grandes códices» y otros códices importantes	128
2.1. Códice Sinaítico (Biblioteca Británica, Add. 43725) (⌘ / 01)	128
a) El descubrimiento del manuscrito	129
b) Origen del códice	136
c) Costes	139
d) Aspectos formales	140
e) Escribas y correctores	141
f) Contenido	144
g) Texto	145
2.2. Códice Alejandrino (Biblioteca Británica, Royal 1 D. VIII) (02 / A)	149
a) Aspectos formales	151
b) Contenido	154
c) Datación y origen	155
d) Texto	156
2.3. Códice Vaticano (Biblioteca Vaticana, Gr. 1209) (03 / B)	156
a) Aspectos formales	157
b) Contenido	160
c) Las divisiones del texto	161
d) Datación y origen	163
e) Texto	164
2.4. Códice Efrén Reescrito (Biblioteca Nacional de París, Gr. 9) (04 / C)	165

2.5. Códice de Beza (Biblioteca de la Universidad de Cambridge, Nn. 241) (05 / D) ...	169
a) Aspectos formales	172
b) Contenido	174
c) Origen y datación	174
d) Relevancia	175
2.6. Codíce Claromontano (Biblioteca Nacional de París, No. 107 AB) (06 / D ^p)	178
2.7. Códice Freer (Instituto Smithsonian, Galería de Arte Freer 06. 274) (032 / W)	180
Bibliografía	184
Tercera parte: Cuestiones abiertas en el debate actual	187
Capítulo 4. A vueltas con las fechas	189
1. La apologética y el síndrome de Indiana Jones	189
1.1. La propuesta de O'Callaghan sobre 7Q5	191
1.2. «El papiro de Oxford»	192
2. La pesadilla de datar un manuscrito	196
2.1. Recursos para una datación más fiable	196
2.2. La datación paleográfica	200
3. Donde dije digo diga...	202
3.1. La datación del P ⁶⁴	203
3.2. La datación matizada del P ⁵²	204
3.3. El caso del P ⁶⁶	208
3.4. La datación del P ⁷⁵ y sus posibles implicaciones	210
3.5. Para cerrar	212
Bibliografía	214
Capítulo 5. En los detalles está la diferencia	215
1. Preferencia por el códice	215
2. Nombres que distinguen	225
2.1. Origen de los <i>nomina sacra</i>	228
2.2. Valorando las propuestas	233
Bibliografía	237

Capítulo 6. Falsificadores, murciélagos, Da Vinci	241
1. Un falsificador compulsivo	242
2. Murciélagos en el techo y el «Evangelio de la mujer de Jesús»	247
Bibliografía	256
 Cuarta parte: Para profundizar	 259
Capítulo 7. ¿Podemos confiar en estos manuscritos?	261
1. Un proceso continuado	262
2. La necesidad de la crítica textual	267
3. Bibliografía comentada	271

Introducción

La mayoría de los lectores leen la Biblia en traducciones realizadas a partir de las principales ediciones críticas de los supuestos textos originales. Algunos más versados en la materia leen y estudian el texto bíblico directamente en esas ediciones críticas. Ahora bien, unos y otros saben que el texto de la Biblia procede de unos originales que se han perdido, pero que se transmitieron, con mayor o menor éxito, en copias manuscritas. Por diversas circunstancias de la fortuna se han conservado algunas de las que fueron realizadas en los primeros siglos de vida del cristianismo. Son joyas que, aunque solo fuera por su antigüedad, merecen ser consideradas auténticos tesoros de la cultura occidental y, por tanto, objeto de una especial atención.

El propósito de este libro es ofrecer una información básica sobre los manuscritos más antiguos del Nuevo Testamento (NT): cuáles son los más importantes que nos han llegado, cómo se produjeron, qué formato tenían, etc. Se desea con ello que el lector pueda familiarizarse con estos documentos y disponga

de los datos fundamentales para valorar lo mucho que aportan y las limitaciones que presentan. También encontrará algunas cuestiones que en la actualidad están más en el candelero, bien porque han llamado la atención de los especialistas o bien porque suscitan la curiosidad del gran público por razones a veces ajenas al mundo académico.

Una observación. Estas páginas no se ocupan de la crítica textual, la rama de la filología y crítica literaria que intenta establecer el texto más próximo al texto original o, según una comprensión reciente más inclusiva, trata de analizar las variantes de un mismo texto que aparecen en los distintos manuscritos para determinar así en qué orden nacieron esas variantes y poder decidir qué lectura se debe preferir. Sin embargo, como las limitaciones de espacio no permiten abordar las apasionantes cuestiones que plantea esta disciplina, el lector que desee conocer mejor cómo se llega al texto que está en la base de las modernas traducciones del NT tendrá que acudir a algunas de las obras de crítica textual que se mencionan en la bibliografía final. En todo caso, la riqueza que de por sí tienen estos manuscritos los hace merecedores de una especial atención, no solo por su importancia como documentos del pasado, sino también porque transmiten un texto siempre actual como es el del NT.

1. Manuscritos como piedra de tropiezo

Bart D. Ehrman (Lawrence, Kansas 1955) es un reconocido experto en crítica textual del NT, famoso también por el ca-

rácter polémico de algunas de sus publicaciones. En una introducción a la crítica textual concebida para el gran público relata su itinerario intelectual y religioso. Cuenta cómo, después de atravesar un período fundamentalista y otro evangélico, pasó de ser un *born-again Christian* («cristiano renacido») a un relativismo agnóstico. La causa de ello –afirma– fue el estudio del texto bíblico: las enseñanzas que recibía sobre el carácter inspirado y verbal de la Escritura rechinaban más y más a medida que avanzaba en el estudio de los manuscritos:

¿De qué nos servía proclamar que la Biblia era la palabra infalible de Dios, cuando en realidad no teníamos las palabras infalibles que Dios había inspirado sino solo las copias realizadas por los escribas, copias que en ocasiones eran correctas y en ocasiones (¡en muchas ocasiones!) no? ¿De qué nos servía afirmar que los autógrafos (los originales) habían sido inspirados? ¡No *teníamos* los originales! Esa era la cuestión: teníamos solo copias plagadas de errores y la enorme mayoría de ellas había sido realizada siglos después de que los originales hubieran sido compuestos y era evidente que difería de ellos en miles de formas distintas (Ehrman, 19).

Ehrman continúa describiendo su proceso de «conversión» atormentado por estas dudas. En sus palabras no faltan afirmaciones contundentes que parecen sacudir la fiabilidad del texto bíblico –«hay más diferencias entre los manuscritos que se conservan del Nuevo Testamento que palabras en el Nuevo Testamento» (ibíd., 23)–, aunque reconoce que muchas de esas diferencias son mínimas e insignificantes. Aun así, a su juicio existe un serio problema: «De qué nos sirve insistir en

que Dios inspiró las palabras mismas de las Sagradas Escrituras si no tenemos las palabras mismas de las Sagradas Escrituras?» (ibíd.). Y acaba negando el carácter inspirado de la Biblia. Si Dios quería que su pueblo tuviera sus palabras –afirma–, se las habría dado. Por tanto, el hecho de que no contamos con esas palabras demuestra, a su juicio, que Dios no las ha preservado para nosotros, porque –concluye– la Biblia es a fin de cuentas un libro muy humano (ibíd., 23-25).

Su crítica va dirigida sobre todo al fundamentalismo bíblico tan pujante en buena parte de Estados Unidos y es en ese sentido como se deben entender muchas de sus afirmaciones. Sin embargo, pasa del blanco al negro sin matices. Salta de calificar la Biblia de guía infalible a entenderla como un libro meramente humano a raíz, aparentemente, del estudio de los manuscritos del NT.

Es probable que, para muchos cristianos, este motivo resulte poco serio. Es difícil imaginar que de un asunto tan conocido en la historia del cristianismo como es la variedad textual –de la que ya se habían apercebido los Padres de la Iglesia hace muchos siglos– se concluya que la Biblia es un libro tan humano que impide sustentar la propia fe. No obstante, en la mentalidad de hoy puede parecer una probada razón científica y por ello el asunto merece tomarse en serio. Si no tenemos el texto original escrito por autores inspirados por Dios, ¿cómo va a ser la Biblia una fuente fidedigna de fe? Si los hombres han cambiado la Biblia adecuándola a los intereses propios de una determinada época, ¿no habría que relativizar el valor de las Escrituras y aceptar que al fin y al cabo son unos textos, vene-

rables sí por su antigüedad, pero iguales a otros muchos de su tiempo? Y si la Biblia es un libro meramente humano, ¿cómo puede este dar respuestas permanentes a temas vitales? La perplejidad de Ehrman parece razonable:

¿Qué pasa si Dios *no* lo dijo? ¿Qué pasa si el libro que estos cristianos consideran que contiene las palabras de Dios contiene en su lugar palabras humanas? ¿Qué pasa si la Biblia no ofrece respuestas infalibles a cuestiones clave de la era moderna como el aborto, los derechos de la mujer, los derechos de los homosexuales, la supremacía de religión, la democracia occidental y demás? ¿Qué pasa si tenemos que descubrir por nosotros mismos cómo hemos de vivir y qué hemos de creer, sin erigir la Biblia en un falso ídolo, en un oráculo que nos ofrece un canal directo para comunicarnos con el Todopoderoso? Hay razones claras para pensar que la Biblia no es en realidad ese tipo de guía infalible para nuestras vidas que el fundamentalismo cristiano pretende: entre ellas, como he señalado, en muchos lugares los estudiosos y los lectores habituales no sabemos siquiera cuáles eran en verdad las palabras originales del texto (ibíd., 27-28).

Esta larga introducción centrada en el testimonio de Ehrman no quiere ser más que una muestra de la importancia que tiene la crítica textual del NT y el lugar que le corresponde en el estudio de los libros de la Biblia. El análisis de los manuscritos es fundamental para conocer mejor el texto bíblico. Sin embargo, aunque sea adelantar acontecimientos, este estudio, siendo necesario, no puede tener la última palabra. El proceso de composición de los libros que forman la Biblia es muy complejo. Y el hecho de que esos libros sean para muchos millones de per-

sonas testimonio de la Palabra de Dios no depende de contar con el texto idéntico al que salió de la pluma de sus autores. La Biblia es mucho más que un texto. Es una colección de libros que pertenecen a una comunidad de fe viva. En ella nacieron y ella los ha transmitido como una parte de la tradición de la fe. Esto no quita que el texto sea fundamental. Lo es y, por ello, se debe determinar de la mejor forma posible.

Aquí es donde entra la crítica textual. Esta disciplina parte del hecho de que no se conserva ningún texto tal como salió de las manos de los autores que escribieron los libros que llegarían a formar el NT. Cuenta, en cambio, con unos 5.400 manuscritos griegos, unos 10.000 manuscritos con antiguas traducciones a otras lenguas e innumerables citas de los Padres y autores eclesiásticos. Es fácil imaginar que ante tal cantidad de material las diferencias textuales entre los diversos manuscritos se cuenten por millares. Obviamente, algunas de estas variantes son más importantes que otras, siendo la mayoría poco o muy poco relevantes. En su mayor parte responden a errores de copia accidentales, aunque en otras ocasiones obedecen al deseo de los escribas de alterar el texto de manera intencionada, por muy diversas razones, incluidas las teológicas. En todo caso, y aunque se hablará más de ello al final, es oportuno tener presente lo que la práctica de esta disciplina ha dejado sentado: es imposible llegar al texto original. Esta cuestión es importante y tiene implicaciones para establecer la autoridad del texto bíblico.

En todo caso, como se ha dicho, las páginas que siguen no se ocupan de la crítica textual, sino de los manuscritos que los ex-

peritos en esta materia manejan para extraer sus conclusiones sobre cuál es el mejor texto del NT. Ciertamente, la presente obra trata de algunos aspectos comunes a la crítica textual, pues esta también describe los testigos más importantes del texto neotestamentario y se ocupa de estudiar cómo se elaboraron y transmitieron esos manuscritos. Pero la crítica textual no solo analiza el desarrollo de la disciplina, tal como se refleja en la sucesión de ediciones impresas del texto del NT griego, sino que también y principalmente se propone encontrar criterios razonados a la hora de elegir entre las posibles diferentes lecturas.

Son, pues, bastantes los aspectos que se dejan de lado. En el espacio del que se dispone, una obra de introducción como esta se limita a presentar qué es lo que hoy en día se dice sobre los manuscritos griegos más antiguos del NT a modo de una aproximación al material crudo sobre el que trabajan los expertos en crítica textual. El punto de partida, como no puede ser de otra manera, es el papel que jugaron los textos en los comienzos del cristianismo.

2. Comunidades textuales

Es evidente que desde muy pronto las comunidades cristianas se sirvieron de textos para su instrucción y funcionamiento. Sin duda, las Escrituras de Israel ocuparon un lugar prominente como texto sagrado, teniendo en cuenta que la predicación inicial sobre Jesús buscaba mostrar que esos textos se cumplían en él. Las colecciones de citas del Antiguo Testamento (AT) que

nos han llegado, algunas de ellas muy tempranas, han llevado a suponer que muy al comienzo los cristianos coleccionaron *testimonia*, textos del AT dispuestos por temas, que probaban que las Escrituras se cumplían en Jesús. Es incluso posible que, al principio, los que formaban parte de las comunidades cristianas –especialmente los misioneros itinerantes que no tenían fácil el recurso a las Escrituras– hubieran estado familiarizados con algún tipo de cuaderno de notas donde se recopilaban testimonios del AT sobre el Mesías o incluso dichos de Jesús.

En todo caso, esas comunidades disponían de cartas enviadas por figuras apostólicas u otros personajes constituidos en autoridad, que circulaban y eran leídas en diversas iglesias. Así lo atestigua el autor de la carta a los Colosenses 4,16: «Y cuando esta carta haya sido leída entre vosotros, haced que también se lea en la iglesia de Laodicea; y la que os llegue de Laodicea, leedla también vosotros». Se trata de una práctica que se mantiene con el paso de los años. Lo atestigua Policarpo, el obispo de Esmirna, quien en el siglo II –quizá al comienzo–, respondiendo a la petición que le habían hecho los cristianos de Filipo, les contesta con estas palabras:

Conforme a vuestra indicación, os enviamos las cartas de Ignacio, tanto las que nos escribió a nosotros como las otras tuyas que teníamos en nuestro poder. Todas van adjuntas a la presente. De ellas podréis grandemente aprovecharos (*Fil.* 13.2; trad. Ayán).

Esta preocupación por los textos encaja en el mundo en que surge la fe cristiana. A pesar de que los niveles de alfabetiza-

ción eran de entre el tres al diez por ciento, el cristianismo nace en medio de una cultura en la que la palabra escrita ocupaba un lugar importante. Es decir, si bien pocos sabían leer y escribir, la mayor parte de la población estaba habituada a la cultura escrita que se hacía presente mediante inscripciones, comunicaciones públicas, libros, bibliotecas, etc. Además, debían de lidiar diariamente con la burocracia, que se traducía en la familiaridad con una gran variedad de documentos escritos: testamentos, censos, préstamos, contratos, actas de divorcio, etc. En este contexto se entiende que las primeras comunidades cristianas fueran «comunidades textuales» o «comunidades de lectura», que ejemplificaron el valor de la palabra escrita y la discusión de textos, incluso en medio de audiencias predominantemente analfabetas. En ellas, los escribas y lectores públicos eran los encargados de transmitir la cultura textual.

No sabemos bien cómo eran las prácticas de lectura en las primeras décadas del cristianismo, pero, para mitad del siglo II, disponemos del testimonio de Justino, que atestigua la importancia que tenían los textos dentro de las celebraciones litúrgicas:

El día que se llama del sol se celebra una reunión de todos los que moran en las ciudades o en los campos, y allí se leen, en cuanto el tiempo lo permite, los recuerdos de los Apóstoles o los escritos de los profetas. Luego, cuando el lector termina, el presidente, de palabra, hace una exhortación e invitación a que imitemos estos bellos ejemplos. Seguidamente, nos levantamos todos a una y elevamos nuestras peticiones, y estas terminadas, como ya dijimos, se ofrece pan y vino y agua, y el presidente, según sus fuerzas, hace igualmente subir a Dios

sus preces y acciones de gracias y todo el pueblo exclama diciendo «amén». Ahora viene la distribución y participación, que se hace a cada uno, de los alimentos consagrados por la acción de gracias y su envío por medio de los diáconos a los ausentes (*Apol.* I 67,3-5; trad. Ruiz Bueno).

Es natural que las comunidades conservasen y distribuyesen esos «recuerdos de los apóstoles». Es también natural pensar que poco a poco muchos de ellos fueran copiados de nuevo por el deterioro causado por el uso y por la necesidad de hacer partícipes de su contenido a otras comunidades. El *Pastor de Hermas*, una obra de carácter apocalíptico escrita en Roma en la primera mitad del siglo II, es testigo de ello cuando narra la visión que tuvo el autor, Hermas, camino de Cumas:

Después de haberme levantado de la oración, veo delante de mí a la anciana que también había visto anteriormente, la cual estaba paseando y leyendo el libro. Me dice: «¿Eres capaz de anunciar estas cosas a los elegidos?». Le respondo: «Señora, no soy capaz de recordar tantas cosas. Dame el libro para que lo copie». «Toma –dice– y ya me lo devolverás». Yo lo cogí y, retirándome a un lugar del campo, lo copié todo letra por letra pues no descubría las sílabas. Cuando acabé todas las letras del libro, súbitamente me fue arrebatado el libro de la mano. Pero no vi por quién» (2.1.3-4; trad. Ayán).

Días después se le reveló a Hermas cómo interpretar el escrito. Se le apareció una mujer de gran belleza y le preguntó si conocía a la señora que le había entregado el libro. Hermas contestó que era «la Sibila», a lo que la mujer le hizo ver que estaba equivocado y que esa señora anciana era la Iglesia. Posteriormente,

Hermas tuvo otra visión en su casa en la que es instruido a añadir nuevas revelaciones y hacerlas conocer a todos los elegidos:

Vino la anciana y me preguntó si había entregado ya el libro a los presbíteros. Le dije que no se lo había dado. Dice: «Has hecho bien pues tengo que añadir palabras. Así pues, cuando haya completado todas las palabras tú lo darás a conocer a todos los elegidos» (2.4.2).

Tras lo cual, la anciana le da unas instrucciones bien claras:

Escribirás dos copias y enviarás una a Clemente y otra a Grapta. De esa forma, Clemente la enviará a las demás ciudades, pues a él le está encomendado. En cambio, Grapta advertirá a las viudas y a los huérfanos. Tú lo leerás en esta ciudad en presencia de los presbíteros que están al frente de la Iglesia (2.4.3).

La historia de Hermas y la «anciana» ilumina la transmisión y difusión de la literatura cristiana primitiva. En el relato, el autor y protagonista es responsable de la copia de estos textos y de su distribución, indicando así la importancia que tenían en las primeras comunidades.

Lo dicho muestra que, en una sociedad en la que la palabra escrita aparentemente estaba reservada a las clases altas, esta ocupó desde el comienzo del cristianismo un lugar muy relevante a todos los niveles. Esto explica que, progresivamente, los textos fueran adquiriendo un estatus normativo y, como se ha dicho, surgiera la necesidad de copiarlos una y otra vez, en especial cuando se trataba de aquellos que venían atribuidos a

personajes vinculados a Jesús y a los discípulos más cercanos, Pablo incluido. Con el paso del tiempo estos escritos fueron «canonizados» hasta formar el NT. De las copias antiguas, algunas quizá del siglo II, nos han llegado unos pocos testimonios directos. Otras provienen de siglos posteriores. No obstante, todas son muy importantes para conocer el texto más cercano al que pudieron escribir esos personajes y tienen por ello un atractivo especial, a pesar de los numerosos interrogantes que plantean. El estudio de los manuscritos del NT ha avanzado en los últimos años y justifica el que en estas páginas que siguen se ofrezca un panorama sintético de lo que sabemos sobre ellos. Ojalá que sirvan para satisfacer en parte la curiosidad del lector y suscitar el deseo de profundizar en el mundo de los manuscritos, auténticos testimonios de fe de las primeras generaciones cristianas.

No puedo terminar estas líneas introductorias sin hacer mención agradecida de dos personas que han tenido parte importante en esta obra. En primer lugar, Carlos Gil Albiol, profesor de Nuevo Testamento en la Universidad de Deusto, colega y compañero de tareas en la Asociación Bíblica Española, quien hace ya unos años me invitó a escribir un libro sobre manuscritos del NT para la colección que dirige. No solo ha mostrado gran paciencia ante los continuos retrasos, sino que no ha dejado de animarme a culminar el proyecto. Le agradezco también sus comentarios y sugerencias, en especial los correspondientes a la etapa final, que me han sido de muy valiosa ayuda para mejorar el manuscrito. A él, por todo ello, mi más sincero agradecimiento.

La otra persona que debe ser nombrada es mi buen amigo y también colega Juan Hernández Jr., profesor de Estudios Bíblicos en la Bethel University de Saint Paul (Minnesota). Su pasión por la crítica textual no solo le lleva a mostrar un gran entusiasmo ante toda iniciativa relacionada con esta disciplina, particularmente si es en lengua española, sino también a ejercitar un excelente ojo crítico sobre cualquier manuscrito, incluido el de este libro antes de su publicación. Es lógico, por ello, que agradezca sinceramente sus sugerencias y correcciones.

Obviamente, ninguna de las dos personas mencionadas es responsable de los errores y deficiencias que se encuentren en estas páginas. Los que se den son únicamente míos.

Bibliografía

Juan José Ayán Calvo, *Hermas. El Pastor*. Introducción, traducción y notas. Fuentes Patrísticas, 11. Madrid: Ciudad Nueva, 1995.

Juan José Ayán Calvo, *Ignacio de Antioquía, Cartas. Policarpo de Esmirna, Carta. Carta de la Iglesia de Esmirna a la Iglesia de Filomelio*, Introducción, traducción y notas. Fuentes Patrísticas, 1. Madrid: Ciudad Nueva, 1991.

Bart D. Ehrman, *Jesús no dijo eso. Los errores y falsificaciones de la Biblia*. Barcelona: Editorial Crítica («Ares y Mares»), 2007.

Daniel Ruiz Bueno, *Padres Apologistas Griegos (s. II). Introducciones, texto griego, versión española y notas*. BAC 116. Madrid: Editorial Católica, 1954.



PRIMERA PARTE

¿Cómo hemos
llegado hasta aquí?

El libro antiguo y su difusión

CAPÍTULO 1

Para comprender mejor los manuscritos más antiguos del NT que nos han llegado es conveniente familiarizarse previamente con la propia materialidad del libro antiguo, que en bastantes aspectos era distinta a la actual.

1. Material sobre el que escribir en la antigüedad

En la antigüedad el soporte sobre el que escribir un texto o transmitir un mensaje escrito era muy variado. Se utilizaba piedra, madera, lino, cuero o incluso láminas de bronce. Más frecuentemente, y sobre todo para textos breves, restos de cerámica (óstraca). Pero el material por antonomasia empleado como soporte de la escritura era el papiro y posteriormente, y en menor medida, el pergamino. También era frecuente el uso de tablillas.

1.1. Tablilla

Entre los materiales de escritura más utilizados estaban las láminas de madera. Podían haber sido blanqueadas antes para escribir directamente sobre ellas o haber sido cubiertas con una capa de cera sobre la que inscribir el texto con un punzón (*stylos*). Estas tablillas (*pinax*, *pinakion*, en griego; *pugillaris*, en latín) estaban un poco rebajadas excepto en los bordes, de forma que pudieran contener la cera que se echaba en su interior. A veces se realizaban unos agujeros en uno de los laterales (en sentido horizontal o vertical) y se unían varias tablillas con un cordel para formar una especie de cuaderno. Hay representaciones pictóricas de estos «blocs de notas» en vasijas antiguas y testimonios literarios. Una carta privada del siglo IV d.C., *P. Kellis* 67.17-21, refiere, por ejemplo, la adquisición de uno de estos cuadernos de tablillas como regalo a alguien que acababa de aprender a escribir: «Envía un cuaderno (*pinakídion*) de 10 páginas de buenas proporciones y buena calidad a tu hermano Isión. Acaba de hacerse experto en griego y lector en siríaco (?)». Por su parte, Plinio el Joven narra la práctica de su tío, que escribía en tablillas de cera (*pugillares*) con la ayuda de un estenógrafo, que era quien copiaba sus palabras al dictado (*Epístolas* 3.5.14-15). Existen, además, testimonios de que estas tablillas no solo eran utilizadas como registro de datos, sino también para escribir borradores de libros previos a la edición final.

1.2. Papiro

El *papiro* (*pápyros*), término del que deriva la palabra *papel*, recibe el nombre de la planta acuática con que se fabrica. Plinio

el Viejo, en su *Historia natural* XIII, 74-81, describe con detalle el proceso de producción:

Según lo dicho, el papiro nace en los parajes pantanosos de Egipto o en las aguas remansadas del Nilo, donde se estancan tras el desbordamiento, sin que la altura del agua sobrepase los dos codos, con una raíz oblicua, de la anchura de un brazo, con tallos de sección triangular, de una longitud de no más de diez codos, que se va haciendo más fino al elevarse, terminando en un penacho parecido al del tirso, sin ningún tipo de semilla ni otra utilidad que la de su flor destinada a las guirnaldas de los dioses. Los lugareños utilizan las raíces como madera y no solo para hacer fuego, sino para fabricar diversos recipientes. Del mismo papiro entretejen embarcaciones y de su líber [corteza] tejen velas y esteras y también vestidos, así como jergones y sogas; incluso lo mastican crudo o cocido, tragándose nada más el jugo [...] El «papel» se confecciona a partir del papiro, escindiéndolo con una aguja en láminas muy finas y lo más anchas que se pueda. La primacia la tiene la del centro y después las cortadas sucesivamente desde él (71-72, 74; trad. García Arribas).

Tras explicar las nueve clases de papiro que existen continúa:

Se teje cada una de estas clases en una tabla humedecida con agua del Nilo: el limo del agua sirve como cola. En primer lugar se extienden sobre la tabla las láminas en posición vertical, por su parte anterior, de la mayor longitud que pueda dar el papiro, después el entramado se acaba con otras láminas transversales una vez recortadas ambas partes. Se comprime después con prensas y las hojas de «papel» se secan al sol y se unen entre sí, disminuyendo siempre la calidad de las si-

guientes hasta llegar a la peor. Nunca un rollo tiene más de veinte (77).

Resumiendo lo que explica Plinio, el papiro es un tipo de junco de largo tallo en forma triangular que en la antigüedad prácticamente solo crecía en Egipto. El material de escritura se producía a partir de las fibras de su médula. Se formaba una capa de fibras colocando en paralelo unas junto a otras, sobre las que se disponía una segunda capa perpendicular a la primera. Golpeando con un martillo de madera, la savia de las fibras hacía que las dos capas quedasen pegadas. Tras secarse y ser pulidas con piedra pómez, se obtenía una hoja de color marrón claro, flexible y fuerte, lista para escribir en ella.

El papiro más antiguo que se conserva es un rollo en blanco de en torno el año 3000 a.C., que apareció en una tumba de la Primera Dinastía egipcia. El más antiguo escrito es del 2350 a.C. Se siguió utilizando bastante regularmente hasta el siglo XII d.C. aproximadamente.

1.3. Pergamino

El *pergamino* (gr. *diphthéra*, *membrana* o *somátion*; lat. *membrana* o *vellum*) se obtiene a partir de la piel animal, sobre todo de oveja o cabra, aunque también de asno, cerdo o ternera. El de mejor calidad, fabricado originalmente con piel de res no nacida o muy joven, se llama «vitela». El uso del pergamino es muy antiguo, aunque se popularizó a partir del siglo III a.C. y reemplazó al papiro como soporte para escribir un libro en el siglo IV-V d.C. Este cambio se produjo de forma gradual. Al principio el perga-

mino se utilizó, como las tablillas de cera, para escribir mensajes breves, notas o borradores. Pero a finales del siglo I d.C. Marcial se refiere ya al uso del códice de pergamino para obras literarias. La industria del pergamino se desarrolló en Pérgamo (Asia Menor), de donde recibe el nombre a partir de una antigua leyenda de que su invención había tenido lugar en esta ciudad. La piel se mojaba en una solución de carbonato de calcio durante varios días hasta que quedaba limpia. Luego se extendía sobre un marco, se secaba, se pulía con piedra pómez y se blanqueaba con tiza. Excepcionalmente, unos pocos manuscritos de lujo se fabricaban con pergaminos teñidos de púrpura (en ocasiones incluso escritos con tinta de plata y oro).

El pergamino, por otra parte, era más duradero que el papiro y, como la madera, tenía la ventaja de poder lavarse o rasparse para ser reutilizado. Antes de empezar a escribir se marcaban con un punzón de punta roma la posición de los bordes de una columna y el espacio entre líneas. Normalmente solo se necesitaba hacer esta operación por un lado, pues las marcas quedaban visibles también por el otro. Luego se trazaban con una regla líneas horizontales y los márgenes verticales (normalmente en el lado del pergamino que correspondía a la carne del animal). En muchos manuscritos se observan todavía estas líneas, así como las pequeñas incisiones realizadas por el escriba para hacer el trazado de los márgenes.

Inicialmente apenas se utilizaban los adornos. El escriba podía hacer, ocasionalmente, algún dibujo o se podía añadir alguna ornamentación al final, pero nada más. Los manuscritos iluminados y las miniaturas son producto del mundo medieval.

1.4. Instrumental de escritura

Para escribir sobre papiro o pergamino se utilizaba tinta y cálamo. La tinta en griego se llamaba *mélan* (que significa «negro»), haciendo referencia a su color (en latín se llama *atramentum*, derivado de *ater*, «negro»), aunque también se producía tinta de color rojo. Se confeccionaba con hollín mezclado con agua al que se añadía goma como adherente. Este producto se vendía en seco para luego ser utilizado mezclándolo con agua. Para escribir en papiro se usaba tinta vegetal. En cambio, los pergaminos se escribían habitualmente con una tinta de base metálica, que suele producir un ácido que daña las copias. A partir del siglo IV d.C. este tipo de tinta pasó también a utilizarse en papiro. A veces, los títulos, las primeras líneas de capítulo o incluso todo un manuscrito se escribía con tinta roja, hecha a partir de minerales (cinabrio o minio) o sepia. La tinta púrpura se hacía de un líquido segregado por dos tipos de gasterópodos: el múrex y la púrpura.

Además del punzón (gr. *stylos*; lat. *stylus*), que, como se ha visto, se utilizaba para escribir en las tablillas de cera y que podía tener el otro extremo plano o romo para borrar lo grabado o suavizar la cera, el instrumento de escritura por antonomasia era el cálamo (gr. *kálamos*, *dónax*; lat. *calamos*, *canna*), que se obtenía habitualmente a partir del tallo de un junco. Se afilaba con un cuchillo o piedra pómez y se hacía en el extremo una incisión en el medio, obteniendo así dos puntas, al modo de las plumillas modernas. Cuando se volvía roma por el uso se podía volver a afilar. La otra parte del cálamo se utilizaba a veces para revolver la tinta o borrar errores.

Además de pluma y tinta, los escribas, tanto de época antigua como medieval, utilizaban una regla (*kanón*) y un estilete (*graphís*) o un disco fino de plomo (*kyklomólibdos*) para trazar las líneas en el pergamino; un compás (*diabetes, karkinoi*) para mantener las líneas equidistantes unas de otras; una esponja (*spongós*) para borrar y secar la punta de la pluma; un trozo de piedra pómez (*kíseris*) para suavizar la punta de la pluma y las rugosidades del papiro o el pergamino; un cortaplumas (*glyphanos* o *smile*) para afilar la pluma; y un tintero (*melanodokon* o *melanodocheion*).

2. El libro en la antigüedad grecorromana

En la actualidad, estamos acostumbrados a asociar la palabra *libro* con un conjunto de hojas de papel que, una vez encuadradas, forman lo que llamamos un volumen. Sin embargo, hasta el siglo III-IV de nuestra era el libro en general no tenía este formato. De hecho, la palabra *volumen* en latín significa una larga tira hecha de papiros sobre la que se ha copiado un texto y luego se ha enrollado. Por tanto, el libro en la antigüedad clásica tenía forma de *rollo* y se identificaba con él.

Desde los comienzos de la literatura griega hasta bien entrado el período romano el típico libro de literatura era un rollo de papiro escrito a mano (gr. *chartes, kýlindros* y también *byblos, biblos, biblíon*; lat. *carta, volumen*). Para confeccionarlo se utilizaban varias hojas de papiro (*kollémata*). La anchura de la hoja solía variar de entre 11 a 25 cm; la altura, de entre 20 a 40 cm.

El borde derecho de una hoja se montaba ligeramente sobre el izquierdo de la otra. Después de pegarlas, se pulía la superficie de la juntura para permitir que corriera la pluma. Los rollos solían tener una longitud de 1,5 a 4,5 metros, aunque no era del todo extraño que algunos llegaran a los 9 metros. De todas formas, lo habitual es que, como dice Plinio, no pasara de las 20 hojas de papiro (unos 3 o 3,5 metros). Un rollo de 6 metros podía acomodar, por ejemplo, *El banquete* de Platón. No faltaban las excepciones, como la de un rollo conservado en el Museo Británico que tiene 40 metros de largo.

En el rollo, el texto copiado línea por línea por los escribas corría en perpendicular a la parte del rollo que se iba enrollando horizontalmente, distribuido en columnas regulares y márgenes justificados a derecha e izquierda. De manera habitual, la apariencia de cada columna en una obra literaria era estrecha: tenía una anchura que iba de 4,5 a 7 cm, lo que supone unos quince a veinticinco letras por línea, y una altura que variaba de 15 a 25 cm, con un espacio entre columnas de 1,5 a 2,5 cm. Las columnas no necesitaban ajustarse a los límites de la hoja de papiro, pues también se escribía encima de la juntura de las hojas.

El tipo de escritura que se utilizaba para escribir un libro se parece al de las inscripciones: letras mayúsculas situadas una junto a la otra sin ligaduras, ni trazos que suben o bajan por encima de las dos líneas imaginarias entre las que se escribe. Con esta forma de escritura formal (o también semiformal) están escritos un tercio del total de los libros en rollo que conservamos. Aunque las letras eran escritas con claridad y a menudo de forma caligráfica por copistas que, al parecer, eran

escribas cualificados, no se dejaba espacio entre palabras. Como consecuencia, los libros se escribían en lo que se llama *scriptio continua*. Por ello, el texto de un rollo da la impresión de ser un todo ininterrumpido. Y si bien las líneas se dividían racionalmente al final de una palabra o de una sílaba, la columna aparecía por lo demás como un conjunto apretado de letras claras y distintas, colocadas una detrás de otra, formando un estrecho rectángulo de texto que se alternaba con unas tiras en blanco entre columna y columna. Los finales de las principales divisiones podían estar marcados por un trazo horizontal más o menos largo (—, a veces >—), que se llamaba *parágraphos*, situado entre dos líneas en el borde izquierdo de la columna. Cuando la división se daba a mitad de línea el *parágraphos* se combinaba con un espacio en blanco o un punto medio o alto situado en la línea anterior a la marca. El *parágraphos* le servía al lector como una pausa y como una marca visual para retomar la lectura del texto, ya que no había saltos de párrafo, ni encabezados, ni número de página o de columna. En las obras de teatro o en los diálogos filosóficos los cambios de interlocutor se marcaban habitualmente con un *dicolon* (:), un signo similar a nuestros dos puntos. Si un lector quería marcar un pasaje importante podía indicarlo escribiendo en el margen el llamado *diplé* (>), o también marcándolo con un poco de cera roja, pero no había nada en el libro que facilitara encontrar rápidamente un determinado pasaje.

Para leer el contenido del rollo, se desenrollaba con la mano derecha y se arrollaba con la izquierda. Conforme avanzaba la lectura, las columnas iban pasando por delante de los ojos del lector. Al

final, el principio del libro quedaba en el interior y el final en el exterior, de forma que el rollo se debía «rebobinar» para que lo pudiera utilizar el siguiente usuario, cosa que no siempre sucedía. En el caso de los libros de más calidad, el rollo podía tener un cilindro de madera (gr. *ómphalos*; lat. *umbilicus*) pegado a la última hoja sobre el que se enrollaba el papiro. A veces tenía también otro cilindro al principio. La primera de las páginas de papiro que componían el rollo se dejaba en blanco y se llamaba *protókollon*.

Los libros profesionales solo se escribían sobre una cara, normalmente la que tenía las fibras del papiro en horizontal, pues era la superficie sobre la que el cálamo se deslizaba con más facilidad. El título de la obra se solía escribir al final del rollo, pero hay ejemplos de títulos al principio o en la parte de atrás de un volumen. A menudo, para identificarlos cuando estaban enrollados, se les colocaba una etiqueta de papiro o piel (gr. *síllybos*; lat. *titulus*) con el título del manuscrito.

En rollos muy lujosos el dorso estaba siempre en blanco y tenía márgenes amplios y letras bien separadas. Pero no era infrecuente que se copiara una obra literaria en la parte de atrás de un rollo, en el que, por ejemplo, se habían escrito unas cuentas o unas actas oficiales. O, viceversa, que se utilizara la parte de atrás de un rollo que contenía una obra literaria para escribir unas cuentas. De hecho, esto era tan habitual, que Catulo habla de cierta persona, que tenía muchísimos textos escritos «y no como es habitual, escritos en palimpsesto» (es decir, en rollos ya usados), sino con todo tipo de accesorios de lujo (un cilindro central con empuñaduras de marfil, un envoltorio de pergamino teñido de púrpura, etc.) (*Catulo* 22, 6-8).

3. El copista de libros

El libro era copiado por un escriba, pero detrás de esta palabra pueden entenderse muy variadas ocupaciones. Los escribas egipcios, por ejemplo, pertenecían a una hermandad de carácter sagrado que se encargaba de transmitir textos y de informar a la administración del país bajo la mirada del dios Thot. Los escribas en el mundo judío, además de notarios, eran expertos en la Ley de Moisés. Los escribas de los monasterios cristianos tenían un papel específico dentro de la comunidad, conforme un reglamento profesional estricto. En cambio, los escribas que copiaban libros en el mundo grecorromano eran personas con un oficio humilde. No conocemos sus nombres ni firman sus obras, y solo muy raramente se dirigen al lector.

Los copistas de libros eran hombres, y posiblemente también mujeres, libres o esclavos, trabajadores por cuenta propia o empleados por otros, quizá autodidactas o formados por un colega –o por el padre– privadamente o en un *scriptorium*, un taller de producción de libros. Sus trabajos podían obedecer a un encargo, por ejemplo, para suministrar materiales a un librero, o porque eran secretarios particulares que tenían como una de sus obligaciones la tarea de copiar, o porque trabajaban autónomamente. No estaban bien remunerados. Un documento (P. Lond. inv. 2110) nos ha transmitido que a un escriba que copió tres dramas clásicos, es decir, unas 4.000 líneas de verso, se le pagaron 12 dracmas, una suma que le permitiría comprar –en las mejores condiciones del mercado– siete litros de vino o maíz suficiente para hacer pan du-

rante un mes. Además de los escribas profesionales, había quienes ocasionalmente copiaban textos o documentos para otras personas, así como maestros que lo hacían para ganar un dinero extra. Y también estudiantes pobres que copiaban lo que no podían comprar.

Los escribas se dedicaban a copiar todo tipo de textos: obras literarias y filosóficas, documentos, cartas, etc. Su nivel de educación, además, era muy variado. Desde los que tenían una buena formación literaria hasta los que no sabían leer y se limitaban a copiar las letras. Lógicamente, a estos últimos les resultaba muy difícil detectar los errores que cometían.

Al escriba le competía preparar el material. Si iba a escribir en papiro, tenía que cortar las hojas al tamaño deseado y preparar la superficie. Si iba a escribir en pergamino, necesitaba cortarlo y pulirlo. Luego debía marcar los márgenes y líneas sobre las que trabajar. Los escribas no utilizaban pupitres, mesas ni sillas. Por las representaciones gráficas que nos han llegado, sabemos que se sentaban sobre sus piernas cruzadas y colocaban en sus rodillas –quizá sobre una tabla– el material en el que iban a escribir, aunque a veces sostenían el rollo o el folio de papiro sobre una mano y copiaban con la otra. Esta forma de copiar debió de ser la habitual. A un lado, en el suelo o en un atril, ponían el manuscrito que tenían que copiar y el recipiente con la tinta. Hay también imágenes de escribas con la pierna izquierda cruzada sobre la derecha, en una postura que podría explicar la tendencia de las columnas a inclinarse hacia la base, siguiendo la línea del muslo. Parece ser que los escritorios no se utilizan hasta después del siglo IV d.C. y no se generalizan hasta el siglo VIII o IX.

La postura debía hacer la tarea bastante cansada y las circunstancias en las que los escribas trabajaban (poca luz, frío, calor, etc.) quizá no fueran las ideales para realizar una copia sin errores. Además, el hecho de tener las dos manos ocupadas no hacía fácil volver la vista del manuscrito en donde se escribía al lugar exacto del ejemplar que se estaba copiando. Se explica así que en los manuscritos haya repeticiones o saltos de texto debidos a que una palabra aparecía más veces dentro de un mismo pasaje del ejemplar que se copiaba y el escriba saltaba por error de una línea a otra, omitiendo o repitiendo parte del texto. Estos y otros muchos tipos de error aparecen con frecuencia en los manuscritos. En todo caso, el trabajo de los copistas era duro y es fácil empatizar con sus quejas. En la *Anthologia Palatina* 9.206, una colección de poemas breves de la literatura griega escritos desde el período clásico hasta el bizantino, se recogen estas palabras de un escriba: «Mis ojos, mis tendones, mi columna, la base de mi cráneo y mis hombros están cansados». Y en el colofón de una copia de *Los sicionios* de Menandro conservada en papiro, un escriba se refiere al esfuerzo realizado: «No te rías de mi escritura... A cualquiera que se ría, [le romperé] la pierna. ¡Con qué alegría he descansado mis tres dedos!» (P. Sorbonne 2272e).

Es probable que cada escriba copiara directamente del original, recordando la palabra o frase, o hablando en alto para sí mientras escribía. Que una persona dictara y otras copiasen sabemos que se hacía en los monasterios durante la Edad Media, pero no tenemos datos de que se practicara habitualmente en la antigüedad. Por otra parte, un corrector solía cotejar

la copia antes de entregarla a quien la había encargado. Tenemos pruebas de que esto ocurrió con algunos manuscritos del NT, pero no con todos.

4. Lectura del libro

A una persona del siglo XXI un rollo literario de época grecorromana le puede parecer más un objeto de arte que un libro. Sobre todo, el lector moderno pensará que debía de ser poco práctico de usar. Sin embargo, la realidad es que con este formato sus usuarios se sentirían cómodos. De hecho, lo utilizaron durante siete siglos, por lo que debemos suponer que los lectores estarían acostumbrados a este tipo de volúmenes para leer literatura.

Como se ha dicho, en griego no hay espacios entre palabras. El texto de un libro es un *continuum* de letras. Así acabó también sucediendo en latín, lengua en la que originalmente se marcaban con puntos las separaciones entre palabras (*interpuncta*). Sin embargo, esta práctica terminó en los primeros años del Imperio, quizá por querer imitar la cultura griega, que tenía una aureola de prestigio. Será solo en los siglos IX-X d.C. cuando se empiecen a separar las palabras en textos escritos latinos y griegos. Hasta entonces es posible que la *scriptio continua* no supusiera una gran dificultad para la lectura. En textos conocidos o sencillos a los lectores probablemente no les resultaba muy complicado saber dónde acababa una palabra y empezaba la otra. Así debía de ocurrir por ejemplo con las máximas u otros textos cor-

tos. Pero textos más complicados en *scriptio continua* no debían de ser fáciles de leer. De hecho, la lectura de textos escritos en dialecto arcaico como el de Homero resultaba complicada y por eso desde el siglo II a.C. hay intentos de hacerla más sencilla, introduciendo puntos entre las frases o señalando acentos que reflejaban la grafía de las palabras o que distinguían palabras escritas de la misma forma pero que tenían distinto significado. En el siglo II d.C. un lector, quizá un estudiante, necesitó once marcas adicionales para entender la primera filípica de Demóstenes en papiro (P. Oxy. LXII 4321), porque el griego de esa época no era ya igual al del tiempo del autor. Todo ello explica también que existieran lectores profesionales.

La opinión más común es que por lo general los libros se leían en voz alta o musitando las palabras, también por aquellos que tenían más experiencia. El ejemplo clásico que sugiere esta práctica es un texto de las *Confesiones* de san Agustín, donde el santo narra cómo se sorprendió al ver a san Ambrosio leyendo en silencio. Escribe el Obispo de Hipona: «Muchas veces, estando yo presente –pues a nadie se le prohibía entrar ni había costumbre de avisarle quién venía–, le vi leer calladamente, y nunca de otro modo». Y el hecho de que fuera algo extraño viene confirmado en el mismo contexto, pues después de dar algunas posibles explicaciones a la lectura silenciosa de Ambrosio, añade san Agustín: «Cualquiera que fuese la intención con que aquel varón lo hacía [leer en silencio] ciertamente era buena» (6.3.3). Sin embargo, aunque leer en voz alta era la norma general, personas con buena educación seguramente no tenían problemas para comprender el texto leyéndolo en si-

lencio o en voz baja. Este modo de lectura silenciosa no debía de ser tan extraordinario como a veces se supone.

5. Producción de libros

Tenemos datos de que ya en la Atenas del siglo V o IV a.C. existía un comercio de libros para satisfacer las necesidades de los lectores y que estos, en ocasiones, formaban sus propias bibliotecas. También es probable que las escuelas de filosofía y medicina produjesen sus propios libros de texto para alumnos y profesores. Lo cierto es que en época helenística (siglos IV-I a.C.) creció notablemente la producción libresca, debido al desarrollo del interés crítico en la comparación de textos y al nacimiento de las grandes bibliotecas, como la de Alejandría o Pérgamo, y de otras más pequeñas en ciudades y pueblos de provincias. En todo caso, en época imperial, la producción literaria fue más numerosa y compleja que en otros períodos de la antigüedad. No obstante, la literatura estaba vinculada a la aristocracia y los lectores siempre fueron una minoría circunscrita a zonas urbanas.

Se sabe que, en la Roma del Imperio, especialmente desde el siglo I y II d.C., existían editores de libros y propietarios de librerías. También había distribuidores de libros, que hacían posible que las obras de los diversos autores pudieran leerse en otras partes del mundo. De todas formas, no siempre es fácil distinguir entre quien producía el libro y quien lo distribuía. El *librarius* podía ser tanto un copista profesional como un comerciante de libros. Por otra parte, la gente más pudiente dis-

ponía de esclavos entrenados como escribas para copiar libros. Sabemos que Ático, el amigo de Cicerón, era un gran bibliófilo y comerciante de libros, que disponía de lectores de primera calidad y muchos escribas. En esas circunstancias se podía permitir el lujo de hacer copias de textos en su propia casa para su biblioteca o para las bibliotecas de sus amigos. Pero, a veces, un esclavo que era copista también podía encargarse de vender libros y llegar incluso a convertirse en un empresario del libro, con otras personas trabajando para él. El ejemplo más conocido es el de Tiro, el «editor» de las obras de Cicerón y de otros textos. En cualquier caso, los «empresarios del libro» se encargaban prácticamente de todo el proceso de producción, desde su puesta por escrito hasta su difusión.

También es posible que autores literarios reconocidos u hombres de letras tuvieran la costumbre de hacerse sus propias copias. Así parece atestiguarlo Galeno. En un tratado *Sobre el modo de evitar la pena (De indolentia)*, descubierto en 2005 y publicado por primera vez en 2007, el docto médico refiere cómo en el año 192 d.C. un fuego había destruido «los escritos de los antiguos que yo había copiado con mi propia mano» (*Ind.* 6) y habla también de los libros en formato rollo de una de las bibliotecas imperiales que él había copiado para su propio uso (*Ind.* 19). De todas formas, en este último caso no se puede excluir que se hubiera servido para ello de un amanuense o esclavo, aunque no fuera un competente profesional. Bastaba que estuviera medianamente preparado para hacer una copia digna. Lo cierto es que la mayoría de los textos literarios conservados en papiro parecen haber sido realizados por escribas que se

ganaban la vida copiando textos, más que por individuos que lo hacían para consumo propio. También es posible que al menos algunos estudiantes avezados copiaran obras de literatura para uso personal. Desde luego, era el sistema más económico y la manera de controlar la fidelidad de la copia. No obstante, era una tarea cansada y aburrida, por lo que, si se disponía de recursos, era preferible encargar la tarea a un escriba profesional.

En general no había producción de libros a gran escala, sino que la mayoría de ellos eran copiados por petición de personas concretas. En principio, con sus obras, los autores no ganaban dinero sino notoriedad. La financiación venía normalmente de mecenas literarios, aunque los autores podían acudir siempre a un comerciante de libros para llegar así más rápidamente al público general. De hecho, una vez que el libro era publicado podía ser copiado por cualquiera.

6. Difusión y costes de los libros

La cultura literaria estaba fundada sobre las relaciones sociales y se situaba dentro de los lazos y obligaciones de amistad. Pertenecía a una élite lectora que se definía a sí misma por los conocimientos literarios. Dentro de ella un autor podía copiar o hacer copiar un borrador de su obra y distribuirlo entre sus amigos, con el fin de que ellos lo leyeran y le hicieran observaciones para una ulterior edición mejorada. También podía, en vez de hacer varias copias, invitar a un pequeño grupo de sus amigos a una *lectio* o *recitatio* y, después de ella, tras revisar la

copia, dar a conocer a más gente y ganar publicidad a través de otra *recitatio* ante un público numeroso.

En este contexto, los que adquirirían libros lo hacían normalmente mediante la copia compartida y privada, es decir, permitiendo a los amigos hacer una copia de un manuscrito de un libro suyo, o haciendo una copia para ellos, o ayudándoles a localizar un manuscrito que podría estar disponible para copiar. Lo más habitual es que las obras literarias se distribuyeran a través de canales privados de amistad y conocimiento personal dentro del relativamente pequeño círculo de personas cultivadas y bien educadas que apreciaban los libros. Estos círculos tenían ocasionalmente intereses amplios, pero otras veces se centraban en temas más concretos como la filosofía, la medicina o la filología. Los que pertenecían a ese grupo de amigos leían textos, los intercambiaban, hacían copias, los estudiaban, seleccionaban pasajes para sus propios trabajos, etc. Tenían a gala conocer esos escritos y juzgaban el estatus social de los demás por su propia competencia literaria. Hay ejemplos en papiro de que esta práctica debía de ser común. Así parece deducirse de una carta del año 170 d.C. encontrada en Egipto (P. Oxy. XVIII 2192). La carta lleva una posdata escrita por el remitente donde dice:

Haz que me hagan una copia de los libros 6 y 7 de *Hombres que aparecen en comedia* (o *¿Personajes ridiculizados en la comedia?*) de Hipsícrates y envíamela. Harpocracio dice que Polión los tiene entre sus libros y es probable que otros también los tengan. Él también tiene compendios en prosa de la obra de Cersagoro, *Mitos de tragedia*.

Es decir, el remitente le pide a su destinatario que haga copias de los libros que necesita y le indica el nombre de una persona que los tiene y que podría permitir copiarlos. Sin embargo, a continuación, hay una nota escrita en una mano diferente que dice:

Según Harpocracio, Demetrio el librero los tiene [los dos libros de Hipsícrates]. Le he dado instrucciones a Apolónides de que me envíe algunos de mis propios libros –él te dirá cuáles–. Y si encuentras copias de la obra de Seleuco, *Sobre los tiempos/métricas/ritmos*, que yo no tengo, haz que me los copien y me los envíen. Diodoro y sus amigos también tienen algunos que yo no tengo.

No está claro quién añadió esta nota, aunque podemos suponer que era alguien del círculo del remitente de la carta. En todo caso, la misiva muestra a un grupo de amigos que obtienen libros a partir de los ejemplares que tenían algunos amigos en otros lugares (Harpocracio, Polion, Diodoro y su círculo) y que podían acudir al librero Demetrio como último recurso.

Con o sin *recitatio* pública, la publicación en sentido estricto se daba cuando un autor hacía o mandaba hacer una o más copias finales de una obra y luego las difundía. También era posible, aunque menos frecuente, dársela a un librero (gr. *bibliopoles*; lat. *librarius*) de quien se pudieran obtener copias, o ponerla en una biblioteca estatal a disposición del público. Desde ese momento el autor perdía control sobre el libro, pues cualquiera lo podía copiar.

Como se ha dicho, junto al comercio ordinario de libros, entre la élite educada que tenía intereses intelectuales y literarios, la

publicación y difusión de los textos ocurría normalmente al margen de la industria editorial llevada por libreros. Además, cuando alguien quería adquirir un libro, podía copiarlo directamente –o mediante un amigo– del *stock* de una biblioteca privada. Aunque es probable que las bibliotecas en Oriente tuvieran talleres de producción de libros de mejor calidad y que, en Occidente, las bibliotecas obtuvieran los libros por otras fuentes (donaciones de los propios autores, compra o encargo), el comercio del libro estuvo estimulado por la creación de bibliotecas particulares de aquellos que tenían intereses intelectuales y literarios. Formar una biblioteca era un modo notable de ganar en distinción social.

Pero no solo la élite o los aspirantes a pertenecer a ella se interesaban en coleccionar libros. Los rétores, gramáticos y filósofos profesionales, e incluso otras personas de capas sociales inferiores que, si bien no tenían una gran educación, sabían leer y escribir, se interesaban en formas menores de literatura. Los lectores podían no ser muchos, pero eran los suficientes para mantener el comercio de libros. Ahora bien, una vez que el libro circulaba y se copiaba, su difusión era gradual, no regulada y bastante imprevisible. De hecho, a veces se copiaba sin cuidado, sin revisar y sin corregir. Otras veces se resumía o se atribuía a un autor equivocado, etc. En este contexto no es de extrañar encontrarnos con quejas de cómo los libros contenían textos defectuosos –escritos incorrectamente o corregidos inadecuadamente–, habían sido atribuidos por error a otras personas, se habían copiado sin permiso o incluso habían sido falsificados. Por eso el lector cuidadoso se veía obligado

en muchas ocasiones a asegurarse de que el texto no era defectuoso, o a cotejarlo y corregirlo si era necesario. Aun así, en muchos casos se observa la mano de un corrector que ha supervisado la obra y ha realizado las oportunas correcciones.

Al margen de las cuestiones de producción, en los libros que contenían obras literarias primaba la claridad y belleza sobre la funcionalidad. Eran productos muy caros creados para la élite y mayoritariamente destinados a una minoría circunscrita a zonas urbanas. Por ejemplo, una edición lujosa del primer volumen de los *Epigrámata* de Marcial costaba 5 denarios, casi el doble de lo que un legionario podía ganar en diez días. Con independencia de lo que podía ser el coste del papiro, algo que no está claro, es ilustrativo lo que señala el Edicto de precios del emperador Diocleciano aprobado en el año 301 d.C. Allí se indica que lo que había que pagar a un escriba por un libro era dos veces o dos veces y media superior a lo que costaba redactar un contrato:

A un escriba, por una escritura de primera calidad: 25 denarios por 100 líneas; para una escritura de segunda calidad, 20 denarios por 100 líneas; a un notario por una escritura de una petición o un documento legal: 10 denarios por 100 líneas (*Edictum Diocletiani de pretiis rerum venalium*, col. 7, 41-43).

Estos precios indican que producir una obra literaria no era algo barato. Si además el material que se utilizaba era el pergamino, es de suponer que solo aquellos que tenían suficientes recursos económicos pudieran permitirse el lujo de adquirir libros de ese tipo. Aunque sea adelantar acontecimientos, no es de extrañar,